

Tudela y Ribera

TRIBUNA CULTURAL El autor narra cómo fueron expulsados los jesuitas de Tudela en el año 1767 tras una orden del rey Carlos III. Refleja la importancia que tenían en la ciudad y el golpe que supuso para la vida no sólo de Tudela, sino también del resto de la comarca

250 años de la expulsión de los Jesuitas de Tudela

Esteban Orta Rubio



AÚN estaban frescos en la memoria los sucesos de abril del año anterior -1766- con el temible motín que había sacudido la ciudad de Tudela y puesto contra las cuerdas a su Ayuntamiento. La causa, el alto precio del pan que condenaba a la mayor parte de la población al hambre. Los amotinados habían amenazado con dar fuego a las casas de los comerciantes que vendían el trigo, entre ellos Diego Huarte y Francisco Labastida, poseedores de alguno de los palacios más vistosos de la ciudad. Sólo la rápida respuesta del Ayuntamiento al ordenar una drástica rebaja de precios evitó males mayores.

Un año más tarde, el 4 de abril de 1767, llegaba otro sobresalto al enterarse las gentes de que la comunidad jesuítica iba a ser expulsada de inmediato por una Pragmática Real expedida por el rey Carlos III. La orden era general para todos los dominios de la monarquía, incluidas las colonias de América y Filipinas, aunque llevaba algún tiempo cociéndose en el ánimo del monarca ilustrado. Además, la situación en Europa le era propicia puesto que la Compañía de Jesús había sido expulsada también de los reinos de Portugal y de Francia.

Sin embargo, el piadoso monarca no acabó de tomar tan radical decisión hasta que el motín de Esquilache, ocurrido en Madrid en marzo de 1766 y provocado por la creciente subida del precio del pan y otros productos de primera necesidad, disipó las dudas que tuviera. Los jesuitas fueron acusados de instigar la revuelta y sus enemigos (que eran legión) los presentaron como súbditos propicios a fomentar rebeliones e incluso a defender la idea del regicidio. El dos de abril de 1767, después de una preparación con el mayor de los secretos, estalló la bomba. Una Pragmática Real, con dureza poco usual en tales documentos, ordenaba que los jesuitas abandonaran sus conventos en 24 horas a partir del momento en que el juez notificara oficialmente la decisión del monarca.

LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN TUDELA

En Tudela, la Compañía de Jesús regentaba el convento-colegio de San Andrés, el mismo edificio que hoy ocupa el Centro Cultural Castel-Ruiz. Los primeros Padres habían llegado a Tudela a finales del siglo



Edificio de Castel-Ruiz, donde estaba el convento de los Jesuitas cuando los expulsaron.

XVI, aunque la construcción del edificio colegial y la iglesia fue más tardía como ha puesto de relieve la profesora Tarifa Castilla en un artículo aparecido en Artígrama (2014). Su labor de enseñanza, donde se formaban tanto los hijos de la nobleza como familias adineradas del entorno, les dio gran influencia en la sociedad ribera, acrecentada con la predicación y una activa dirección espiritual.

La integración en la ciudad y su entorno fue rápida y profunda como lo prueban numerosos legados testamentarios, así como las vocaciones que surgieron y el prestigio que alcanzaron bastantes jesuitas tudelanos. Entre todos, sobresalió el apellido Sartolo, saga de origen francés, llegados como emigrantes y enriquecidos posteriormente con el comercio y la ganadería de toros bravos. Destacó entre ellos el P. Bernardo Sartolo (1654-1700), que ejerció tanto la cátedra como el púlpito y tuvo tiempo de escribir varias obras antes de morir prematuramente en el colegio de su Tudela natal.

La iglesia del convento -hoy parroquia de San Jorge- y situada en el Mercadal, barrio ocupado por la aristocracia, estaba entre las más frecuentadas. Descollaban en ella algunas ceremonias religiosas, singu-

larmente la novena y fiesta de San Francisco Javier, que tenía gran renombre. También en los tres días de Carnaval se celebraban las Cuarenta Horas, con sermón y actuación de la capilla musical de la colegiata; y durante la Cuaresma todos los domingos predicaba algún padre llamado "Sermón doctrinal".

Poco antes de la expulsión, el taller de los Hermanos del Río, último representante de aquel gran foco artístico del barroco tudelano, capituló con el rector P. Enríquez la construcción del hermoso retablo que aún hoy podemos contemplar en el altar mayor. Precisamente, las dos imágenes que destacan con sus ropajes negros sobre el color dorado del retablo - San Francisco de Borja y San Ignacio de Loyola- recuerdan que la iglesia perteneció a la orden jesuítica.

LA EXPULSIÓN

Así transcurría la vida del colegio, ajena en gran parte a lo que les venía encima, cuando a primeros de abril llegó a Tudela la orden de expulsión firmada por el aragonés Conde de Aranda. Contaba en aquellos momentos la comunidad jesuítica con quince religiosos entre profesores, predi-

cadores y hermanos coadjutores. El rector era el P. Jerónimo Palacios, de 54 años, natural de Oyón (Álava) y entre los coadjutores se encontraba un cascantino, el H. Manuel Sola.

Juan Ignacio Fernández Marco, en su trabajo *Jesuitas en Tudela. Reseña histórica de cuatro siglos (1578-1990)*, cuenta cómo se produjo la expulsión. "El juez de Tudela ocupó antes del amanecer, con tropas, las cercanías del colegio y mandó que se abrieran las puertas. Dio orden de que toda la comunidad se reuniera y ante notario y testigos leyó el decreto real. Luego les mandó que permanecieran en la sala y acompañado del rector y H. Meriel (portero) procedió a la ocupación judicial de todo el colegio, la iglesia y la sacristía". La orden debía cumplirse inmediatamente y obligaba a dejar la ciudad antes de 24 horas. Cada jesuita podía llevar solamente "un lío de ropa, libros de rezo, y el chocolate y provisiones para un día de camino".

EN CARRUAJES ESCOLTADOS

Aturdidos y confusos, los religiosos salieron de Tudela el 4 de abril, en carruajes escoltados. Se dirigieron primero a San Sebastián donde se juntaron con otras comunidades de Navarra y Guipúzcoa. El punto final estaba en Italia, en los Estados Pontificios del Papa, donde encontraron pobre y deficiente acomodo. A pesar de todo, muchos albergaban la esperanza de volver, pero el destino iba a ser muy cruel con ellos. La mayor parte de los 6.000 jesuitas expulsados de los reinos de España murieron en tierras extrañas, añorando siempre la propia.

Sólo los muy ancianos y enfermos quedaron fuera del concono real. En Tudela permaneció el anciano H. Sola pues su elevada edad -78 años- y sus muchos achaques movieron la clemencia de los jueces. Desorientado y desamparado, encontró cobijo en la caridad del cercano convento del Carmen y allí, consumido de tristeza, murió al año siguiente.

Indudablemente fue un golpe muy fuerte para la vida cultural, no sólo de Tudela, sino de la amplia comarca que la circunda. El colegio de los jesuitas quedó desierto y silencioso y sus alumnos hubieron de buscar nuevos maestros donde continuar los estudios. Sin embargo, el silencio de las aulas no duró mucho tiempo pues allí se asentaron pronto las escuelas municipales y posteriormente, ya en 1839, recién acabada la Guerra Carlista, acogió entre sus muros el primer instituto de segunda enseñanza que se formó en Navarra. La iglesia siguió abierta al culto convirtiéndose en parroquia de San Jorge el Real; y para que quedase claro que la propiedad pertenecía a la Corona, colocaron sobre la portada barroca el escudo del monarca Carlos III.

Esteban Orta Rubio es historiador

25 años contigo
y 25 prestaciones
gratuitas para ti:

"Nuestro primer
y gran compromiso
es hacer accesible
la odontología a todos"



Compromiso
VITALDENT
TUDELA

C/ Juan Antonio Fernández, 44
T 948 84 88 30 · www.vitaldent.com